

## LA BÚSQUEDA DE SÍ MISMO. LATINOAMÉRICA Y EL MUNDO: PROBLEMAS DE IDENTIDAD EN LA OBRA DE LEOPOLDO ZEA

MARGA GRAF  
Aachen

Ocuparse de la obra de Leopoldo Zea dentro de un espacio tan limitado como lo representa un ensayo de pocas páginas, significa, *per se*, un intento arriesgado. Por eso, será necesario precisar el tema de este trabajo bajo un aspecto muy especial: el de la definición de una identidad cultural propia de América Latina, apasionadamente discutida después de las declaraciones de Independencia de los pueblos latinoamericanos en el siglo XIX. Además de una literatura latinoamericana, que se presentó bajo sus diferentes aspectos nacionales —como literatura naturalista, indígena, regionalista, etc., ya poco después de la independencia política comenzaron las discusiones respecto a la pregunta, si, también, poseían —o no poseían— los latinoamericanos una cultura auténtica e independiente de sus orígenes europeos. Especialmente en este último aspecto, es decir, referente a los factores posibles de influencia cultural europea, tenemos que diferenciar, dentro de las teorías de Leopoldo Zea, dos puntos de vista esenciales: lo general —como expresión de la situación de las sociedades de América Latina en total, y, lo especial— referente a la situación concreta y diferente de México, país natal del filósofo.

Referente al aspecto general, es decir, de definir la existencia de una cultura autónoma con respecto a los países latinoamericanos en conjunto, las discusiones se planteaban el problema de las influencias de las culturas nacionales europeas, de Francia, Inglaterra y Alemania, sea referente a las naciones madres: España y Portugal. Al otro lado, referente al aspecto especial de México, por su situación geográfica y fronteriza con los Estados Unidos de América del Norte y la historia común, y por parte militar, de estas dos naciones vecinas, se desarrollaron problemas de identificación muy típicos. Este punto de vista especial fue —y sigue siendo todavía hoy— de interés adicional, si tomamos en conside-

ración no solamente el aspecto especial histórico-cultural, más también, y sobre todo, el aspecto etnocultural de las razas, es decir: la estrecha confrontación de la raza anglosajona con la romana, norteamericana y latinoamericana.

#### LA CONFRONTACIÓN DE LAS RAZAS:

#### ANGLOSAJONES Y ROMANOS EN EUROPA Y AMÉRICA LATINA

El hombre americano, americano del norte y del sur del continente, se desarrolló, en estrecha relación con el desarrollo político y cultural de los dos hemisferios americanos, imágenes diferentes y contrarias de las dos razas, de las cuales, en vez de un sentimiento de «fraternidad» resultó el de «competencia» entre hermanos, ambos americanos, mas de madre diferente, miembros de dos razas culturales diferentes, como ya lo parece demostrar su historia común en Europa. Como punto de salida de esa dualidad racial y factor histórico de fundamental importancia para ese fenómeno, se puede considerar —y así lo hacen muchos investigadores— la separación de los pueblos europeos en reformados y contrarreformados en el siglo XVI. Más precisamente dicho: La confrontación del protestantismo, es decir de los participantes del nuevo «credo religioso» de Lutero, con el catolicismo. Esto, además de su importancia religiosa, significó el comienzo de un desarrollo cultural, dentro de las diversas naciones europeas, con todas las consecuencias correspondientes en el desenvolvimiento político, económico y cultural de las Américas. De un lado, un cristianismo abierto al futuro, a la Edad Moderna, representado esencialmente por Francia e Inglaterra, por otro lado un cristianismo anquilosado, representado por el imperio español bajo Carlos V y sus sucesores. No lo tengo por tesis demasiado arriesgada subrayar la opinión —representada por muchos intelectuales e investigadores latinoamericanos— que a base de estos acontecimientos históricos y de gran importancia por la futura estructura política, económica y cultural en Europa, se dejan, también, explicar muchas de las imágenes raciales, que, más tarde, en la confrontación y análisis de los americanos del Norte y del Sur llegaron a hacer de ellos los representantes de suceso o no suceso, de poder o no poder, de importancia o no importancia dentro de las naciones líderes del mundo occidental. El problema de autodefinición del latinoamericano está estrechamente ligada con la herencia española de una sociedad retrógrada y conservadora frente a una sociedad progresista y renovadora norteamericana, heredera del protestantismo anglosajón, de un puritanismo religioso, que concentra su celo religioso más en la perfección de la vida terrenal que en la ultraterrena. Frente a la indiscutible preponderancia del poder político y económico de los Estados Unidos, se desarrolló en muchos países latinoamericanos un complejo de inferioridad como, ya a fines del siglo XIX, lo pusieron de manifiesto dos de sus mejores representantes intelectuales, José Martí y Enrique Rodó, que inten-

taban revalorizar la imagen del latinoamericano por sus valores «interiores», espirituales, frente al materialismo y oportunismo de los norteamericanos. Leopoldo Zea lo define así: «Los representantes de la modernidad, por supuesto, tanto en Europa como en América, han hecho y hacen sentir su superioridad física y cultural dentro del mundo que han creado. Así lo ha demostrado su expansión sobre los pueblos occidentales, incluyendo a los ibéricos o latinos de esta América. Expansión que ha encontrado justificación dentro de una ideología en que la libertad, entendida como libre competencia, es un estímulo para que triunfen siempre los que, se supone, son los mejores y más aptos entre los individuos y los pueblos».<sup>1</sup> Aparte de esta imagen general de representante occidental de la Modernidad, Leopoldo Zea nos confronta con la teoría sorprendente de que, también, los norteamericanos tuviesen su complejo de inferioridad, lo que se dejaría explicar por el hecho de que «El hombre de esta América, los norteamericanos, parece que no quisieran dejar de ser niños».<sup>2</sup> Admirarían siempre a los mayores, los padres europeos y tratarían de hacer «...de América una segunda Europa, pero en mayores dimensiones. Lo gigantesco, lo colosal, es decir, lo cuantitativo, es lo que más le preocupa. ...Pero en el fondo se agita un sentimiento de inferioridad».<sup>3</sup> Lo que distingue al norteamericano del latinoamericano, referente al complejo de inferioridad, sería el hecho de que este último no lo oculta, al contrario: «... lo exhibe, se está continuamente autodenigrando. Siempre está haciendo patente su incapacidad para crear. No intenta nada por su cuenta, le basta con asimilarse la cultura ajena».<sup>4</sup> Estas relaciones todavía vigentes entre Europa y las Américas, comparadas muchas veces con las de padres y niños, han producido, en la opinión de Leopoldo Zea, por la parte de los norteamericanos una emoción «familiar» de orgullo y «el afán de reproducir en grande lo realizado por Europa»<sup>5</sup> —por la Europa protestante y progresista. Mientras que, para los latinoamericanos la confrontación con su pasado, los «lazos familiares» les causaría un sentimiento discrepante entre orgullo y resignación. Orgullo, en lo que se refiere a la importante posición histórica de España, que ha tenido, sin duda alguna, un papel preponderante en el desenvolvimiento de la cultura occidental. Resignación frente a la España inmóvil de la Contrarreforma, incapaz de reconocer los signos de la modernidad, que ya se anunciaban en el siglo XVI, y, que, por consecuencia, perdió su influencia dentro de las naciones líderes de Europa y, con esto —para muchos latinoamericanos— su papel de modelo ejemplar referente al desenvolvimiento cultural en las antiguas colonias: «Los mismos ascendientes europeos de esta América pertene-

1. Leopoldo ZEA, *Latinoamérica y el Mundo*, Caracas, 1960, p. 46.
2. L. ZEA, *En Torno a una Filosofía Americana*; Jornada-52, El Colegio de México Centro de Estudios Sociales, México, 1945, p. 53.
3. *Id. ibid.*, p. 52.
4. *Id. ibid.*, p. 52.
5. *Id. ibid.*, p. 52.

cen a pueblos y culturas que han perdido la batalla de la historia frente a civilizaciones más fuertes. En la lucha entre la modernidad y la Edad Media, la segunda ha sido vencida por la primera, y, con ella, los pueblos que han sido por ella colonizados». <sup>6</sup> Por consecuencia, los latinoamericanos comenzaron a considerarse «pueblos rezagados y marginados».

#### EL PROBLEMA DEL AUTODESCUBRIMIENTO

Al investigar el proceso de autodescubrimiento cultural de las diferentes naciones latinoamericanas, después de haber logrado su independencia política, se pueden observar dos etapas esenciales, estrechamente ligadas al desarrollo político y cultural del mundo occidental en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica. La primera etapa fue la de la Asimilación, como la define Leopoldo Zea, a fines del siglo XIX. Esta etapa, por un lado, estuvo influida por una creciente conciencia liberal dentro de las sociedades occidentales europeas —por parte de una burguesía consciente de su propio valor— y, por otro lado, se debe mencionar la influencia del positivismo europeo. En América Latina, los que se hicieron portavoces de un curso más liberal y más moderno, también de la burguesía, fueron los llamados progresistas. En cierta manera similar a los norteamericanos —en su afán de crear al otro lado del Atlántico una «nueva y más fuerte Europa»— los progresistas latinoamericanos, según Leopoldo Zea, buscaban realizar su cultura propia a base de europeizarse: Querían sentirse más franceses, ingleses, ... y, con esto, en vez de llegar a su propia identidad, llegaron a ser «hombres en destierro» ante una realidad que no les era propia: «Los europeizantes u occidentalistas que perfilaron la cultura latinoamericana de fines del XIX y principios del XX, a fuerza de sentirse parte del modelo a realizar, a fuerza de querer ser europeos, acabaron por sentirse no sólo desterrados de la cultura europea, sino parias de la cultura. Ya no formaban parte de la realidad propia de América; pero tampoco de la realidad que en vano querían convertir en propia. No eran ni americanos, ni europeos». <sup>7</sup> O, como lo explicó, José Martí en su ensayo *Nuestra América*, de 1891: «Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón Norteamérica y la montera de España». <sup>8</sup> El insuperable contraste entre los progresistas, en su afán de «modernizar el cristianismo», y los tradicionalistas —los primeros esencialmente miembros de una burguesía liberal y progresista, los últimos, representantes, sobre todo, del clero y de los propietarios rurales, retrasando todo progreso y la

6. L. ZEA, *Filosofía de la Historia Americana*; México, 1978, p. 269.

7. L. ZEA, *Latinoamérica y el Mundo*, Caracas, 1960, p. 21.

8. José MARTÍ, *Nuestra América*, en: *Antología*, Ed. A. Sorel, Editora Nacional, Madrid, 1975, p. 97.

apertura a la vida moderna de las sociedades— frustró cualquier posibilidad de entendimiento entre los dos grupos. Por lo contrario, esto causó un aislamiento de los progresistas, y, por eso, estos no han podido realizar la adaptación deseada de las sociedades nacionales latinoamericanas a los modelos practicados en el mundo llamado occidental. El proceso lento y difícil de autoconciencia cultural en los pueblos de América Latina, no se explica solamente con dos conceptos contrarios: progreso y retraso. Conceptos que, además de su frecuente aplicación en clasificar un estado de desarrollo o subdesarrollo junto con las diversas sociedades mundiales, sólo se dejan entender de manera muy general referente al continente sudamericano en toda su complejidad, es decir, considerando la enorme diversidad cultural y racial de las sociedades latinoamericanas desde el Norte hasta el Sur del continente. La predominancia y las influencias de los grupos progresistas o tradicionalistas, siempre dependía de circunstancias especiales —políticas, étnicas y sociales— en las diferentes regiones de América Latina, p.e. en el caso de México y la Argentina, principalmente con respecto al factor étnico, es decir, la falta de una cultura indigenista de tan alto nivel cultural como la de los aztecas en México, en la región argentina. El factor étnico, la dominación de la raza blanca en Argentina, dio origen a una orientación política y cultural que, según explica Leopoldo Zea, mucho tiene en común con el desenvolvimiento del hombre blanco de América del Norte, que, después de haber eliminado los indios: «...había fundado en América otra Europa joven y llena de fuerza. Este era el significado de “civilización” para Argentina. Había que ahogar el pasado con todos los medios posibles. Cambiar las mentes mediante la educación y a los hombres mediante la inmigración».<sup>9</sup> El ejemplo de México y de la Argentina explica la importancia del factor étnico referente a los posibles factores de autodescubrimiento del hombre latinoamericano, influido no solamente por la cultura occidental, sino además por la cultura indigenista, y, en grandes partes del continente, también, por la raza y cultura africana. El hecho de ser América Latina un continente mestizo —y, por esto, contrastando con la separación de las razas, practicada, con más o menos éxito, en América del Norte— les quita a los blancos el derecho exclusivo de sentirse únicos representantes de la civilización futura en esta parte de América.

#### LA BÚSQUEDA DE SÍ MISMO

Frente a la imposibilidad y el desengaño —por parte de los progresistas del fin del siglo XIX— de poder realizar una cultura y civilización autónoma latinoamericana, solidarizándose con las ideas progresivas de las culturas civilizadoras en Europa y Norteamérica, el hombre latinoamericano del siglo XX ha te-

9. L. ZEA, *El Pensamiento Latinoamericano*, México, 1965, Tomo II, p. 104.

nido que orientarse a otros modelos, en su camino de autodescubrimiento, y lo encontró a base de un humanismo mundial, ya practicado, principio de la época colonial, en América Latina, por la mezcla de las razas, de la cual resultó una raza cósmica, definición de José Vasconcelos en su famoso ensayo de 1925 del mismo título. A una fase de asimilación, siguió una fase de búsqueda de sí mismo que comenzó a orientarse principalmente en los factores adecuados de ilustrar la diferencia, la especialidad de la vida cultural latinoamericana a base de una sociedad mestiza: «Esto es lo que consideran propio. Algo que no han aprendido, algo que no han imitado, sino algo que les pertenece ya en el pasado. ...Algo que no tiene por qué estar en contradicción con su afán de ser libres y de gozar de un mínimo de prosperidad material».<sup>10</sup>

Destacar el valor de lo humano en general, es decir su legitimidad para todas las razas y pueblos del mundo, e indicar, al mismo tiempo, el factor del mestizaje, en el sentido más amplio de un humanismo universal, practicado en América Latina —representando, por esto, una sociedad futura, libre de prejuicios raciales, hasta entonces empleados por la raza blanca frente a las razas y culturas de otro color— fue estrechamente ligado con los acontecimientos europeos después de la Primera Guerra Mundial. Frente a la Europa destruida y desanimada surgió el concepto de la llamada decadencia de la cultura occidental, que, entre otros, en 1922 tenía su representante profético y pesimista en Oswald Spengler con su libro *Vom Untergang des Abendlandes (De la Decadencia de Occidente)*. Decadencia, que, en la opinión de historiadores europeos y no europeos, acabó de cumplirse con el fin de la Segunda Guerra Mundial después de 1945, con la destrucción del poder político y económico de Europa y la creciente importancia de los poderes en el Este y Oeste: La Unión Soviética y los Estados Unidos. Frente a la nueva concentración del poder político en el Este y Oeste, y, frente a los movimientos de independencia, después de 1945, en los pueblos africanos y asiáticos —últimos testigos del colonialismo europeo—, y, por fin, frente a un nuevo neo-colonialismo practicado por parte de los Estados Unidos —tendente a ganar influencia creciente sobre el desarrollo político y económico de muchos estados latinoamericanos— se desarrolló en América Latina un profundo sentimiento de solidaridad con los pueblos de África, Asia y Oceanía, ahora libres de toda tutela colonial. Sintiéndose representantes legítimos para defender la dignidad de todas las razas suprimidas, los latinoamericanos, por fin, han logrado transformar su posición supuesta de «debilidad» en una posición de «fuerza», haciéndose así portavoces de los pueblos débiles y subdesarrollados del Tercer Mundo. Esta nueva definición del ser latinoamericano, como representante de un humanismo mundial, implicó, antes de todo, una negación de la predominancia de la cultura occidental. Un Humanismo Mundial no podía seguir siendo expresión de una sola cultura, la occidental, y

10. L. ZEA, *Latinoamérica y el Mundo*, 1960, p. 155.

de una sola raza, la blanca: «Nos encontramos con hombres a los que dos grandes guerras tuvieron que convencer de la universalidad de lo humano que no se agota en una cultura, una raza o un simple grupo. Este hombre, me refiero al europeo y al occidental en general, ha caído, como nosotros, en la cuenta de lo que es auténticamente humano».<sup>11</sup> Con aceptar y analizar su herencia histórica como cultura hija de una cultura madre —de España en especial, del Occidente en general— las naciones latinoamericanas, de origen ibérico, han captado su más auténtico sentido de una cultura propia: «... el sentido propio de toda cultura: Lo humano. A las insistentes y constantes preguntas que sobre su ser y sobre el porvenir de su cultura se ha hecho el latinoamericano, puede ya dar una respuesta: el latinoamericano no es sino un hombre entre hombres, y su cultura una expresión concreta de lo humano. No más; pero tampoco no menos».<sup>12</sup> La crisis de la cultura occidental, nos dice Zea, ha mostrado, también, a sus mejores representantes, como, por ejemplo, a Camus, Sartre, Simone Weil, a Graham Greene, Albert Schweitzer, Toynbee y otros más, que las relaciones entre las diversas culturas y razas no deberían ser conducidas por un sentimiento de superioridad o de inferioridad.

## CONCLUSIÓN

La filosofía de Leopoldo Zea —la filosofía americana— tiene como eje central la conciencia de la dependencia. El pensamiento de dependencia de L. Zea está fundamentado sobre dos puntos de vista íntimamente vinculados: La dependencia exterior, como realidad fáctica, junto a la dependencia interior, como conciencia que de ella se tiene. Tales formas de dependencia no habían nunca existido *per se*, sino, precisaban, para su existencia, de gente que la practicaban o que la sufrían. Son éstos, en el entendimiento de L. Zea, dos grupos fundamentales opuestos: de un lado los dominadores, y, de otro los dominados: Los colonizadores y los colonizados. Sólo un humanismo mundial, de igual valor para todas las razas, todos los pueblos y todas las culturas, dando a todos la garantía de los derechos humanos fundamentales, podía ser la base de un futuro más justo del ser humano. Practicando un tal humanismo mundial, sobre todo con respecto a América Latina, fuese mejor, en vez de argumentar con un mestizaje racial —que se expresa, principalmente, en las regiones con una fuerte presencia indígena o negra— hablar de un mestizaje social. Sólo de esta manera, América Latina, puede indicar su importancia y su papel ejemplar dentro de un proceso civilizador y progresivo, y, al mismo tiempo, definir su propia historia, su propia cultura a base de los varios fundamentos culturales y raciales heredados.

11. *Id. ibid.*, p. 26.

12. *Id. ibid.*, p. 25.